

IDEAS 1

**Cómo repensar
nuestra relación con
el medioambiente en
tiempos de Covid-19:**

**UNA PROPUESTA
CONSERVADORA**

por Miguel Ángel Quintana Paz

ÍNDICE

1. Dos errores filosóficos sobre la naturaleza y sus consecuencias.....	<i>Pág. 4</i>
1.1. La separación radical entre hombre (dominador) y medioambiente (dominado).....	<i>Pág. 4</i>
1.2. La fusión hombre-medioambiente.....	<i>Pág. 6</i>
2. Dos enfoques político-económicos fallidos acerca del medioambiente.....	<i>Pág. 7</i>
3. Conservadurismo y conservacionismo.....	<i>Pág. 8</i>
4. Algunas propuestas medioambientales para el mundo postcovid-19.....	<i>Pág. 4</i>

Cómo repensar nuestra relación con el medioambiente en tiempos de covid-19: una propuesta conservadora

Miguel Ángel QUINTANA PAZ¹

El pasado 23 de mayo de 2020, Javier Solana, antiguo ministro socialista del Gobierno de España y secretario general de la OTAN entre 1995 y 1999, recogía la siguiente duda en su cuenta de Twitter: “Sin saber con certeza la respuesta, ciertamente es una buena pregunta... ‘¿Y si el ser humano es el virus del planeta Tierra?’”. Su tuit tomaba prestado ese interrogante de una entrevista al director de cine Hirokazu Kore-eda, cuyo enlace también aparecía en tal tuit.

Ni Solana ni Kore-eda son especialmente originales al comparar al ser humano con un virus que estuviera asolando nuestro planeta. La metáfora antecede en años a la llegada del covid-19, si bien, como era de esperar, ha experimentado un sólido resurgimiento ahora que, a cuenta de la pandemia, hablar de lo vírico se ha vuelto viral.

Con todo y con eso, produce un cierto escalofrío pensar que el antiguo dirigente de una organización militar como la OTAN coquetea con semejante idea acerca de nosotros, sus congéneres. Impresiona pensar que, cuando esa organización decidió emprender bombardeos sobre civiles yugoslavos en la guerra de Kosovo (1998-1999), a su mando estaba un hombre que, en un momento dado, es capaz de pensar que los humanos podríamos ser un mero virus. O que al menos cree que merece la pena preguntárselo.

Ahora bien, pese al estupor que nosotros, o los familiares de los miles de víctimas de aquella guerra, podamos sentir, lo cierto es que la comparación del ser humano con algo vírico suele expresarse de forma bienintencionada. Esa buena intención tiene carácter ecologista: combina la preocupación por nuestro medioambiente con el interés por limitar los daños que el hombre provoca sobre él. Es en ese sentido en que se ve al ser humano como un virus invasor de un organismo mayor (la Tierra entera como tal, “sana” antes de que le llegara la “infección” humana). Con todo, bien es verdad que, si de veras el ser humano fuera como un virus, tendría poco sentido intentar convencer a tal virus de que modifique su comportamiento: a los virus simplemente se los vence

¹ Versión corregida y ampliada de Miguel Ángel Quintana Paz: “Notre relation à l’environnement au temps du COVID-19”, en Marion Maréchal (ed.): *Les leçons d’avenir du COVID-19*. Lyon: Centre d’Analyse et de prospective de l’ISSEP, 2020, p. 193-201.

o se los extermina, no se los “persuade” de cosas. En suma: la metáfora que emplean Solana y Kore-eda resulta, a todas luces, problemática.

¿Existen otras opciones? ¿Es posible pensar nuestra relación con el planeta sin caer en una mentalidad que nos reduzca a entes patógenos? ¿Es posible un aprecio por el medioambiente, en tiempos de covid-19, que no pase por compararnos a los humanos con esa pandemia? ¿Qué tipo de ecologismo podemos proponer hoy que combine el aprecio por la Tierra con el respeto profundo hacia la persona, que armonice las enseñanzas recientes de las ciencias ambientales con el humanismo heredado de nuestra civilización?

En las próximas páginas trataremos de dar respuesta a esas y otras preguntas. Comenzaremos, en el apartado 1, con exponer cuáles son las dos actitudes filosóficas ante el medioambiente, las dos mentalidades generales sobre lo que es la naturaleza, que hoy se han revelado más equivocadas. En el apartado 2 ampliaremos esa lista hacia las dos actitudes político-económicas que, aunque suelen presentarse como opuestas, también se ha constatado ya cuán dañinas pueden resultar en términos ecológicos: el socialismo de economías centralizadas y el liberalismo más depredador. Será en el apartado 3 cuando presentaremos nuestra propia alternativa tanto en términos de filosofía como de orientación política para cuidar nuestro planeta: una alternativa conservadora. Explicaremos además cuál es la virtud ética, a menudo olvidada, que pueden promover los conservadores a fin de entablar una relación respetuosa con la naturaleza: la pietas, tanto en su antiguo sentido romano de respeto a lo nuestro y los nuestros, como en el que luego le adjuntó el cristianismo, un sentido más universal. Por último, en el apartado 4, ofreceremos algunos ejemplos de aplicaciones concretas que, en la era postcovid-19, puede tener la clase de ambientalismo que habremos intentado explicar.

1. DOS ERRORES FILOSÓFICOS SOBRE LA NATURALEZA Y SUS CONSECUENCIAS

1.1. La separación radical entre hombre (dominador) y medioambiente (dominado)

Aunque muchos ecologistas condenan sin matices toda nuestra civilización como culpable de los daños sufridos por el medioambiente, es frecuente que los más refinados concentren sus críticas en una mentalidad y filosofía que podrían tener incluso fechas de nacimiento bastante definidas: las dos décadas, aproximadamente, que van de 1620 a 1641.

En efecto, el primero de esos años publica Francis Bacon en Inglaterra su *Novum organum scientiarum*; ensayo en que, entre otras innovaciones, se explicita por primera vez un tipo de relación entre el hombre y la naturaleza que siglos después nos es bien

familiar. Para Bacon, el objetivo del conocimiento, de la ciencia empírica que en ese libro propone, es conseguir que el ser humano recupere el dominio sobre la Tierra que poseía antes del pecado original; un dominio que, a juicio de Bacon, era absoluto. Por contraposición a cómo veían griegos y medievales el conocimiento, la nueva ciencia baconiana no debía seguir siendo una mera contemplación de las ideas o algo que simplemente nos permitiera discutir con otros expertos. Por el contrario, la ciencia debería convertirse en un instrumento para dominar el mundo: “Ciencia y poder humanos vienen a ser lo mismo” (*Novum organum*, I, III). El hombre, de la mano del saber científico, quizá no se equipare al Dios creador, bien es cierto, pero sí se convierte en una especie de semidiós o demiurgo con poder suficiente como para organizar la naturaleza de acuerdo a sus deseos².

Este despótico dominio que Bacon concede a la humanidad justo en los años de la revolución científica se ve completado con las ideas de otro pensador, en principio, bien diferente a él: René Descartes. En efecto, aunque este autor francés no concede a lo empírico la importancia que le había dado Bacon, ni tampoco centra los objetivos de la ciencia en un dominio cada vez mayor sobre la naturaleza, sí que acabará colaborando en instaurar una misma mentalidad acerca de ella. El motivo es que para Descartes, como expone en sus *Meditaciones metafísicas* (1641), la realidad creada entera se divide en solo dos tipos de sustancia: la *res extensa* (el mundo material) y la *res cogitans* (la mente humana). Ahora bien, si todo lo que no es nuestra propia mente (*res cogitans*) está incluido en una misma categoría (animales, plantas, piedras, estrellas, nubes... todos ellos *res extensa*) que, además, de algún modo se opone a la primera, es fácil desligar al ser humano de sus vínculos con lo natural. De hecho, Descartes jamás fue capaz de explicar convincentemente cómo logran afectarse entre sí uno y otro tipo de sustancia (lo mental-humano y lo material-natural).

La naturaleza, pues, se convierte en ese siglo XVII en algo ajeno a nosotros gracias a Descartes; algo que además debe ser dominado, merced a Bacon. ¿No estaban puestas ya las bases para que los seres humanos, con la ayuda del progreso científico-técnico allí iniciado, arrasara esa naturaleza ajena y dominable? Así lo ha visto buena parte del movimiento ecologista. Aunque el dominio de la naturaleza nos haya proporcionado innumerables beneficios, también ha acabado por volverse en contra de ella y de nosotros mismos. Es la crisis ambiental causada por la ambición baconiana de explotarlo todo y por la obsesión cartesiana en distinguirnos del resto de la naturaleza. Además, de vez en cuando eventos como la pandemia de covid-19 nos recuerdan que ese dominio no ha llegado a ser absoluto, y tal vez nunca lo será; que estamos más ligados a lo natural de lo que la oposición radical *res cogitans/res extensa* cartesiana querría admitir.

Y es entonces cuando tienden a florecer visiones sobre el medioambiente radicalmente opuestas a la de Bacon y Descartes. Veámoslas a continuación.

² Manzo, Silvia (1996): “El hombre como demiurgo en el pensamiento de Francis Bacon”, *Revista de Filosofía y Teoría Política*, 31-32, 201-207.

1.2. La fusión hombre-medioambiente

Cuando gente como Javier Solana o Hirokazu Kore-eda comparan al ser humano con un virus, con un animal o con una planta, su propósito es, lo sepan ellos o no, alejarnos de la mentalidad baconiana-cartesiana que acabamos de describir. En vez de considerar al ser humano como algo separado de la naturaleza cuyo deber es dominarla, intentan rebajar a nuestra especie a solo una piececita más de ella. Y no demasiado importante. De hecho, los problemas medioambientales surgen, según esta visión, cuando el ser humano se atribuye excesiva relevancia. Por eso conviene humillarnos en la equiparación con virus, roedores, helechos u hongos. Solana o Kore-eda están convencidos de mostrarse como buenas personas cuando nos reducen a virus.

Este esfuerzo por mostrar una fusión radical del ser humano con el resto de la naturaleza adopta dos modalidades. La primera de ellas, más materialista, sugiere que no somos más que cualquier otro objeto porque somos solo materia (átomos, energía...) como ellos; así nos lo demostraría la propia ciencia natural.

Ahora bien, el problema de esta visión es que no ofrece muchos motivos para cambiar nuestro comportamiento con respecto al medioambiente. Sí, de acuerdo, somos solo virus o átomos u hongos, pero ¿por qué habríamos de esforzarnos en cambiar nuestro comportamiento con respecto a la naturaleza? ¿Se “esfuerzan” acaso en hacerlo los demás virus, átomos u hongos cuando ponen en riesgo la existencia de especies animales o vegetales? Si los seres humanos somos solo el virus que postula Javier Solana, entonces resultaría extraño que le hiciésemos más caso a Javier Solana, o a cualquier ecologista, de lo que se lo haría otro virus cualquiera. Los virus somos seres a los que nos resultan bastante ajenas las prédicas morales en general.

Estas limitaciones de la perspectiva más materialista llevan a menudo a adoptar una segunda concepción que también equipara al ser humano con los demás seres vivos, pero subsume a todos bajo una especie de superpoder: la Madre Naturaleza, Gaia o, en versiones más indigenistas, la Pachamama. Esta nueva supraentidad se hallaría, de algún modo, maltratada por nosotros, y por ello reaccionaría (como en una suerte de castigo, autodefensa o venganza) enviándonos todos los problemas ambientales que nos aquejan. Al igual que un cuerpo humano reacciona ante un virus con el envío de anticuerpos, así la Tierra se defendería ante nosotros. Según esta concepción, de hecho, el covid-19 sería también una reacción, una advertencia, que demostraría que nuestra relación con la Madre Naturaleza debe cambiar. No solo nosotros le hacemos cosas a la Tierra, como nos animaba Bacon; también ella contrataca y nos hace cosas a nosotros (tiene “agencia”, como diría Bruno Latour³). Le debemos, pues, un cambio de comportamiento.

3 Latour, Bruno (2014): “Agency at the Time of the Anthropocene”, *New Literary History*, 45, 1-18.

El problema fundamental de esta forma de ver las cosas no está solo en el escaso atractivo que tiene para muchos de nosotros volver a contemplar la naturaleza como una especie de superpoder o diosa madre, al modo de las religiones antiguas; o al menos como un ente supremo regulador al que los humanos debemos, sumisos, someternos. La historia de nuestra civilización, desde hace milenios, ha distinguido netamente las personas de los animales, no digamos ya de las plantas o los virus. Abandonar ese inmenso legado y volver a fundirnos con la naturaleza, como en una suerte de ceremonia chamánica paleolítica, parece exigirnos una transformación excesiva.

Pero, además, este “fusionismo” entre hombre y naturaleza tiene todo el aspecto de ser solo una reacción, desde el extremo que supusieron Bacon y Descartes, hasta el extremo opuesto. Donde antes el ser humano era un semidiós, ahora lo es la Madre Naturaleza; donde antes atesorábamos todo el dominio la humanidad, ahora lo detenta esa madre que reacciona, nos advierte y nos castiga. ¿No es posible, como nos recomendaría Aristóteles y la sabiduría popular, un término medio?

Así lo creemos, y así lo veremos en el apartado 3. Pero antes, en el apartado 2, vamos a examinar también dos planteamientos político-económicos que resultan errados a la hora de abordar los asuntos ambientales.

2. DOS ENFOQUES POLÍTICO-ECONÓMICOS FALLIDOS ACERCA DEL MEDIOAMBIENTE

Aunque se hayan olvidado muchas de las enseñanzas de la caída del Muro de Berlín, hay una de la que resulta difícil prescindir, pues sus efectos aún nos afligen 31 años después. Se trata, precisamente, de la enseñanza medioambiental.

En efecto, los desastres ecológicos con que asolaron sus territorios la Unión Soviética y sus aliados, o aún lo hacen China o Corea del Norte, superan todo lo visto en Occidente. El mar de Aral, el río Techa, el lago Karachai, el incendio forestal del Dragón Negro, Geamana, el río Fen... son solo los hitos principales de una lengua lista de catástrofes de las que seguramente la más famosa sea Chernóbil. Además, como se muestra bien en la reciente serie de televisión sobre este accidente, resultaba previsible que en países de economía socialista centralizada estos siniestros alcanzaran o sigan alcanzando una especial virulencia. Si la libertad de expresión está restringida y la participación política es escasa, las burocracias socialistas pueden hacer con el medioambiente cuanto deseen: no existe límite alguno a su voracidad. Donde el Estado es a la vez el único que explota los recursos (a la manera socialista) y el único que podría legislar para impedir y castigar los excesos, nadie puede obligarle a ponerse a sí mismo límites que no quiera. Incluso las víctimas de los citados desastres no tienen otra opción que resignarse.

Ahora bien, si el estatismo no es una opción, tampoco parece que el libre mercado, tal y como se ha desenvuelto hasta ahora, pueda blasonar de un cuidado exquisito por el medioambiente. En un sistema en que prima la ganancia económica, las empresas tienen a menudo demasiados incentivos para externalizar sus costes en perjuicio de la naturaleza circundante. Es verdad que se pueden poner multas o impuestos para intentar impedir esto; pero no parece que los resultados hasta ahora permitan ser en exceso optimistas.

El motivo quizá esté en que el capitalismo, al hacer énfasis en la libertad individual como único valor moral, no siempre proporciona motivos suficientes para limitarla. Especialmente si los que van a ser dañados por sus excesos no son otros seres libres (que también podrían blandir su libertad para defenderse), sino la fauna, la flora o los espacios naturales (que no gozan de ese valor único reconocido, el de ser libres). Nos topamos de nuevo aquí con sir Francis Bacon y Monsieur Descartes: si solo importan los demás humanos, y además la meta del capitalismo es dominar cada vez mejor el mundo para obtener beneficios siempre mayores, el futuro de este no resulta del todo halagüeño.

Estos problemas no se resuelven con la actual ola de capitalismo *woke* o, como preferimos llamarlo, capitalismo moralista⁴. Es verdad que hoy muchas empresas presumen de su gran compromiso con el planeta Tierra, de su apuesta por energías renovables o por la defensa de las especies más amenazadas. Y que han visto ahí un buen modo de volverse atractivas a su clientela. Ahora bien, hay demasiados incentivos en el mercado como para que a menudo todo este *marketing* se quede solo en eso, en una técnica de ventas, con pocas realidades, pocos beneficios ambientales palpables detrás. Se trata del famoso *greenwashing* que, a pesar de las iniciativas que ya han intentado limitarlo⁵, resulta una manzana lo bastante apetitosa como para que cueste arrancarla de las manos de un capitalismo moralista donde, como en todo moralismo, importa más aparentar que ser.

3. CONSERVADURISMO Y CONSERVACIONISMO

Aunque, según hemos visto en el apartado anterior, ni las economías planificadas ni las capitalistas aseguran un trato escrupuloso del medioambiente, esto no significa que ambos sistemas sean denostables por igual. En una democracia con libre mercado unos son quienes aprovechan los recursos naturales (las empresas), otros quienes legislan y procuran hacer cumplir esa legislación (el Estado): eso ya garantiza mayores controles que si es solo uno, el todopoderoso Estado socialista, el encargado de realizar ambas tareas. Si, además, introducimos un tercer factor típico de las sociedades libres, una

4 Quintana Paz, Miguel Ángel (2019): “Nos adentramos en un nuevo tipo de capitalismo: el capitalismo moralista”, *The Objective*, 16 de agosto.

5 Libaert, Thierry (2012): “Greenwashing, CSR and corporate communication”, *Communication & Organization*, 42.

ciudadanía crítica y con capacidad de protesta, asociación, voto... las salvaguardas del medio ambiente resultan más prometedoras en ellas que si todo el poder lo acapara una burocracia centralizada. Por lo tanto, de lo que se trata no es tanto de idear toda una alternativa a nuestros Estados de derecho, sino más bien de complementarlos con aquello que les falta para mejorar en términos ambientales.

¿Y qué es eso que les falta, que nos falta? Fijémonos, ante todo, en algo que suelen olvidar muchos movimientos ecologistas de izquierda: la batalla a favor del medioambiente no es una guerra de empresas (malvadas) frente a ciudadanos (bondadosos). Aunque muchas de las grandes catástrofes ambientales hayan sido protagonizadas por multinacionales, el día a día de la contaminación, de la eliminación de ecosistemas, de la generación de residuos no es ni mucho menos cosa solo de las megacorporaciones. Tomemos como ejemplo la contaminación del aire por óxido de nitrógeno en la ciudad de Madrid: sus tres principales causas son el tráfico rodado, el aeropuerto y los sistemas de climatización (calefacción y aire acondicionado) de sus edificios⁶. Es decir, se trata de tres fuentes de polución en que el papel del ciudadano de a pie (cuando conduce su coche, viaja en avión o calienta su casa) es mayoritario.

Por lo tanto, no habrá una política ambiental eficaz si no se consigue que sean los ciudadanos concretos los que se comprometan con ella: tanto a la hora de comportarse de modo respetuoso con el medioambiente, como a la hora de promover políticas concretas que lo favorezcan. Al final serán los votantes los que, en una democracia, tendrán que apoyar cambios de su vida cotidiana (en el modo de desplazarse por su ciudad, en el tipo de turismo que hagan, en cómo conservar la temperatura de su hogar, en cómo tratar sus basuras...). Y necesitan, consiguente, un estímulo para votar a favor de esos cambios y luego adoptarlos.

¿Cuál puede ser ese estímulo? Ya comprobamos en el apartado 1 que una mentalidad baconiano-cartesiana no resulta propicia para la conservación de la naturaleza; pero tampoco parece que el fusionismo entre humanos y naturaleza, descrito en el apartado 2, resulte atractivo. Necesitamos un tercer modo de ver nuestra relación con el medioambiente que no consista ni en colocarnos como sus dueños y señores absolutos, ni tampoco en rebajarnos a ser iguales a un virus cualquiera más (o un roedor o un helecho) dentro de él.

Ese tercer modo de ver las cosas no necesitamos buscarlo en flamantes novedades: de hecho, nuestra propia tradición cuenta ya con un modelo literario de él en uno de sus textos fundadores, la Biblia. En el relato de la Creación del hombre que nos narra el Génesis (1:26-31) Dios confía al hombre la Tierra entera; pero no lo hace para que la explote ni destruya, sino para que se comporte con ella “a imagen y semejanza” (Gn 1:27) de como ha hecho Dios mismo. Y lo que ha hecho Dios mismo con la naturaleza es

⁶ Autores varios (2019): *Inventario de emisiones de contaminantes a la atmósfera en el municipio de Madrid 2017*, Ayuntamiento de Madrid.

crearla y conservarla. El ser humano, pues, es en la Biblia superior al resto de seres vivos y, obviamente, a los seres inertes; es, en cierto modo, señor de todos ellos. Pero esa superioridad no debe implicar el afán dominador de un Bacon ni la radical separación de un Descartes, sino asumir la responsabilidad de cuidar de la naturaleza, como administrador provisional suyo al que Dios ha encomendado tales atenciones⁷.

Con este modelo bíblico de relación con la naturaleza, pues, evitamos los excesos tanto del mero dominio baconiano como del mero sometimiento pachamámico a ella. Ahora bien, se trata de un modelo de raigambre religiosa, que puede resultar ajeno a muchos de nuestros conciudadanos en las cada vez más secularizadas sociedades europeas del siglo XXI. ¿Existe algún otro incentivo, de tipo no religioso, que pueda estimularnos, como veníamos buscando, a los occidentales para respetar el medioambiente mejor de como han hecho hasta ahora nuestras democracias?

Es aquí donde podemos recurrir a otro de los legados de nuestra cultura, en este caso no desde su vertiente judeocristiana, sino desde la Antigüedad clásica. Estamos pensando en la virtud romana de la *pietas*. Esta virtud consiste en darse cuenta de algo que tenemos en común todos los humanos, seamos religiosos o no: nuestra inmensa deuda de agradecimiento hacia las generaciones que nos han precedido, así como nuestras obligaciones hacia las que vendrán. Por eso los antiguos romanos solían representar tal virtud con la imagen de Eneas mientras escapa de Troya, cargado con su padre Anquises y de la mano de su hijo Ascanio. Los humanos no somos nunca entes aislados en nuestra soledad o en nuestro egocentrismo: pertenecemos en buena parte a los nuestros, tanto nuestros mayores como nuestros menores. Y son unos y otros los que nos estimulan a cumplir muchos de nuestros deberes.

Para los romanos, bien es cierto, esta *pietas* no tenía un componente ecológico especial⁸; al fin y al cabo, el medioambiente no constituía para ellos un problema. Pero hoy no podemos sino contemplar esa antigua virtud romana con esa faz ambientalista. Un buen estímulo para conservar la naturaleza, para tratarla como los buenos administradores que la Biblia nos recomendaba ser, pero sin necesidad de creer que la Biblia sea la Palabra de Dios, es la mera experiencia humana de saber que casi todo lo que nos rodea es una herencia de nuestros antepasados; herencia que será nuestro deber transmitir, al menos, como nos fue transmitida. En sociedades como las nuestras, en que la democracia ha acostumbrado a sus ciudadanos a reclamar solo más y más derechos, la *pietas* nos recuerda que también tenemos deberes. Y no solo ante los vivos, como querría una visión miope; no solo ante los hoy votantes, como le preocuparía a un político ambicioso; sino asimismo hacia los muertos o los aún por nacer. Aunque ni unos ni otros estén aquí para reprocharnos nada a la cara. Porque los derechos no son solo algo que dependa de quién tiene capacidad de protestar para reclamarlos.

7 Romero Aragón, Jesús (1992): *Ecologismo y persona*, Instituto Emmanuel Mounier.

8 Cicerón definía la *pietas* como la virtud “que nos exhorta a cumplir con nuestro deber en nuestro país o con nuestros padres u otros parientes de sangre” (*De inventione* 2.22.66).

Esa experiencia de *pietas*, de deberes ante las demás generaciones, la han sabido vivir espontáneamente nuestros congéneres durante milenios. Ahora bien, hacia finales del siglo XVIII fue necesario que un autor como Edmund Burke la resaltara, dado que las nuevas teorías del contrato social invitaban a olvidarla. Es una experiencia, por tanto, que está en la raíz misma del pensamiento conservador, del que Burke es uno de los padres fundadores. Y no puede resultar extraño, en suma, que los conservadores y su *pietas* tengan, al final, una fuerte querencia conservacionista hacia el medioambiente: no en vano ambas palabras, conservadurismo y conservacionismo, poseen idéntica raíz.

Un conservador, pues, se halla mejor equipado que un mero defensor de la democracia liberal o del Estado de derecho para abordar las cuestiones medioambientales. Según su visión, no será ya solo la ley impersonal la que nos obliga a ellas: es también una deuda moral. “¿Cómo puedes destruir los paisajes, las aguas, el aire y las especies que tantas generaciones pasadas supieron legarte? ¿Cómo puedes ser tan cruel con tus congéneres del futuro como para privarles de todo ello?”, nos inquirirá el conservador. Incluso cuando los daños ambientales beneficien a una parte de nuestros contemporáneos (y del electorado), tal conservador sabrá relativizar ese beneficio: siente el deber moral de pensar también en aquellos afrentados por nuestro despilfarro que no votan porque ya murieron; en aquellos perjudicados por nuestros desmanes que no votan porque aún no han nacido.

Ahora bien, a veces pensar en nuestros antepasados o nuestros descendientes puede resultar un tanto parroquiano: solo me preocupan *mis* antepasados concretos, solo *mis* hijos y nietos. Al fin y al cabo, el sentido de la *pietas* romana era ese; como mucho se extendía (lo hemos visto en la definición que hacía Cicerón) hasta los límites de tu propia nación. Y aunque algunos conservadores, como Roger Scruton⁹, consideran eso una ventaja (nos sentiremos más proclives a hacer sacrificios ambientales en nombre de nuestro país que si hemos de hacerlo en beneficio de “toda la humanidad”), lo cierto es que muchos de nuestros retos ecológicos actuales exigen una perspectiva más global que los estrechos márgenes de su campiña inglesa. Por este motivo no vendría mal complementar la *pietas* romana con el sentido que adquirió esa misma palabra en el cristianismo posterior: una virtud que ya no se extiende solo hacia los tuyos. O, mejor dicho, que considera de algún modo “tuyos” a todos los humanos.

La *pietas* o piedad cristiana no solo es más universal que la romana; también nos invita a mirar hacia todo lo vulnerable, todo lo herido, todo lo mortal que tengamos alrededor. Pues todo ello nos exige un cuidado especial. Y hoy también la naturaleza está, en muchos casos, herida: no parece inapropiado, pues, dirigir también hacia ella nuestros cuidados piadosos.

Una adecuada combinación de *pietas* romana y *pietas* cristiana, pues, parece prometedor bagaje para enfrentarnos a los retos ecológicos de nuestros días.

⁹ Véase, por ejemplo, su “Conserving Nature”, en Scruton, Roger (2006): *A Political Philosophy*, Continuum, 32-46. Aunque Scruton habla a menudo del deber para las demás generaciones, prescinde de enlazar este deber con la virtud romana de la *pietas* que aquí estamos subrayando. Tampoco menciona la *pietas christiana*.

Sin la *pietas* romana, sin la ligazón a los míos, correríamos el riesgo de la falta de raíces, esa necesidad que es “la más importante y la menos reconocida del alma humana”, según Simone Weil¹⁰. Nos olvidaríamos del prójimo, incluido nuestro medioambiente más próximo. Delegaríamos todo el poder en oenegés globalistas u organizaciones internacionales, en burocracias que, como las de la economía socialista, no tendrían ante quién rendir cuentas y, por tanto, seguramente no resultarían muy eficaces en pro del medioambiente.

Ahora bien, sin la otra *pietas*, la cristiana nos pondríamos una venda en los ojos ante la redondez de nuestro planeta, donde muchos de sus problemas ignoran las fronteras, y donde por tanto a menudo hay que ser capaces de trascender los límites de tu estrecha nación. Un buen conservador y conservacionista debería cultivar y enseñar ambos sentidos de la *pietas*, pues.

4. ALGUNAS PROPUESTAS MEDIOAMBIENTALES PARA EL MUNDO POSTCOVID-19

Una vez que ya hemos hallado la mejor base para el ecologismo actual en un pensamiento conservador que estimule la virtud de la *pietas* en su sentido romano, pero también universal, podemos preguntarnos ahora qué propuestas cabría hacer desde ese conservadurismo para los tiempos de covid-19. Este sería un buen modo, además, para mostrar que “conservador” no significa “inmovilista”: al intentar conservar el legado de nuestros ancestros a veces hay que moverse mucho. Y de hecho son varios los cambios que nuestra situación actual exige y (en algunos casos, debido a la actual pandemia) favorece.

Entre las cosas que nos ha enseñado este coronavirus está una de la cual se llevaba hablando desde los inicios de internet, pero que aún no terminaba de cuajar del todo: la posibilidad de realizar mediante teletrabajo muchas de nuestras tareas cotidianas. El covid-19 ha sido finalmente la ocasión para implantar este viejo proyecto de modo, a veces, masivo. Naturalmente, no ha sido cómodo en todos los casos; naturalmente, el teletrabajo no debería imponerse desde arriba, como un coletazo de las economías planificadas, cuyos males ya hemos descrito. Pero hay muchas ocasiones en que, por mera inercia, o por desconfianza, o por misoneísmo, se había prescindido del teletrabajo cuando, en realidad, podría resultar beneficioso tanto para el empleador (menos gasto en mantenimiento de oficinas) como para el empleado (más horas de disfrute de la comodidad de su hogar, autorregulación de sus horarios, menor tiempo y dinero dedicados a los desplazamientos). Además, y esto es lo que más nos interesa aquí, el teletrabajo también puede redundar en un sólido beneficio para el medioambiente. La reducción del uso del transporte urbano implica menos gasto energético y menos contaminación;

¹⁰ Weil, Simone (1949): *L'enracinement*, Gallimard.

no digamos ya cuando el transporte es interurbano o internacional. Seguro que muchos de los viajes aéreos que el propio Javier Solana ha realizado a lo largo de su exitosa vida política podrían haberse sustituido por teleconferencias; es una lástima que no se ocupara en su día de implantar tal práctica con el mismo empeño con que ahora se hace preguntas sobre las similitudes entre los virus y las personas.

Más allá de reducir contaminantes y gasto energético, el teletrabajo también nos puede ayudar a conservar otro entorno en peligro: el de las ciudades apartadas o pequeñas y el de nuestros pueblos; lo que Christophe Guilluy ha denominado en nuestro país vecino “la Francia periférica”¹¹. En efecto, la tendencia a concentrar más y más población en unas pocas megaurbes (París, Madrid, Londres...), su metropolización, no solo resulta difícilmente sostenible para ellas, sino que arrasa modos de vida más cómodos, más provincianos, que mucha gente desearía conservar. Tras la experiencia del covid-19, en que las grandes ciudades han estado a menudo en el foco de los contagios, es buen momento de plantearse también cómo conservar ese otro legado de lo provincial. Y generalizar el teletrabajo puede contribuir a ello: desde un pueblecito gallego o desde una pequeña ciudad bretona cabría realizar seguramente varias de las tareas que ahora se exige llevar a cabo en Madrid o París.

Esto a su vez conecta con un replanteamiento de nuestros hábitos de consumo, en especial los alimenticios. No ya solo esta pandemia, sino muchas amenazas patógenas futuras podrían mostrarnos lo importante que es una correcta trazabilidad de cuanto ingerimos, estar seguros de su salubridad, confiar en su procesado. Todo ello queda a menudo oscurecido por la competencia desleal que, desde países como la República Popular China, a menudo se ejerce. Cobra por tanto interés retomar el consumo de productos de proximidad que, además, proporcionan un beneficio indudable al medioambiente en ahorro de transportes. Se trata en muchos casos de una apuesta por mercancías de calidad que podría recuperar nuestro aprecio por los placeres que es capaz de proporcionarnos la Madre Naturaleza cuando no se ve sometida a la lógica explotadora de la mera cantidad por la cantidad. En suma, nos encontramos aquí de nuevo con que, a la vez que prevenimos amenazas epidemiológicas futuras, podríamos recuperar un nuevo aprecio, conservador, por las cosas “de toda la vida” cuyo transporte, además, al cultivarse ellas cerca, respeta mejor el medio ambiente.

Junto con estas nuestras costumbres al consumir, también podemos empezar a pensar de otra manera nuestros hábitos al producir. Y ello por un simple principio de precaución¹² que todo buen conservador debería sin duda mirar con aprecio. Esta pandemia

¹¹ Guilluy, Christophe (2018): *No Society: la fin de la classe moyenne occidentale*, Flammarion.

¹² El principio de precaución o precautorio, todo un clásico en la reflexión y leyes sobre el medioambiente al menos desde 1971 (en que fue adoptado por primera vez en la legislación de la Alemania Federal), consiste en aceptar que “cuando una actividad o producto representa una amenaza potencial para el medio ambiente o la salud pública, deben tomarse las medidas pertinentes, aun cuando la relación causa-efecto no haya podido demostrarse científicamente de forma concluyente” (Andorno, Roberto: “Principio de precaución”, en Tealdi, Juan Carlos [dir.] [2008]: *Diccionario latinoamericano de bioética*, Unesco, 346). Su fundamentación se halla en recordar “que las condiciones que exige la ciencia para considerar demostrada una relación de causalidad son sumamente exigentes. Pero el principio de

nos ha revelado cuán destructivo puede resultar para nuestro mundo no percatarse de ciertos riesgos a los que hasta ahora no prestábamos demasiada importancia (por minusvalorar su probabilidad, o por ignorar que, aunque su probabilidad era ciertamente pequeña, la enormidad de su incidencia en caso de llegar a producirse, su potencial catastrófico, merecía mayores esfuerzos a la hora de adoptar precauciones¹³). Un buen resumen de esos riesgos los ha expuesto el joven biólogo español Javier Arcos Hódar en la revista *Quillette*¹⁴. Algunos de ellos son ya de conocimiento común en nuestra opinión pública: costumbres como los mercados de animales vivos (tan frecuentes en China), donde “te encuentras con un ave que defeca sobre una tortuga que, a su vez, defeca sobre una lechuza”¹⁵, multiplican sin duda las amenazas de que nuevos virus pasen desde especies animales de lo más insólitas hasta el ser humano.

Otros riesgos reseñados por Arcos Hódar están claramente ligados a lo que en este trabajo nos interesa: el cuidado del medioambiente. Así, existen pruebas suficientes como para pensar que el ataque y reducción de hábitats naturales aumenta peligrosamente las ocasiones de contacto entre nuestra especie y otras y, por lo tanto, no solo provoca obvios daños ecológicos, sino que también incrementa la probabilidad de los epidemiológicos. De igual modo ocurre con la reducción de la biodiversidad o la explosión de la ganadería industrial¹⁶. Medidas precautorias adicionales, como extremar todo tipo de acciones y protocolos preventivos en los laboratorios de alta bioseguridad, o acumular respiradores y mascarillas de rápida producción local, no solo parecen sensatas desde un prudente punto de vista conservador, sino que se coaligan bien con lo que ya llevamos apuntado aquí (el aprecio por el entorno más cercano, la reticencia a depender en exceso de megapotencias industriales como la República Popular China, y el aprovechamiento de las ventajas ecológicas que posee el comercio de proximidad).

Por último, el sector turístico es otro de los que podría replantearse viejas rutinas a partir de esta experiencia pandémica. Replanteamiento que bien podría tener un cariz ecologista. En tiempos de covid-19 los transportes aéreos han resultado más

precaución viene a decir que cuando el riesgo para la población o el medio ambiente se presenta como verosímil, sería irresponsable no hacer nada con la excusa de que todavía no se tiene una prueba concluyente de tal riesgo” (ibíd.).

¹³ En este sentido es interesante la valoración que Nassim Nicholas Taleb ha hecho de los recientes acontecimientos (véase Avishai, Bernard [2020]: “The Pandemic Isn’t a Black Swan but a Portent of a More Fragile Global System”, *The New Yorker*, 21 de abril). Para este autor americano-libanés, la expansión de la COVID-19 no es ni siquiera un caso de los “cisnes negros” en que sus estudios tanto hincapié han hecho. Pues el empaque de tal riesgo de pandemia era fácilmente reconocible a priori... para cualquiera que, a diferencia de nuestras élites globales, se hubiese dignado cuidarse de la probabilidad real de tales riesgos, claro.

¹⁴ Arcos Hódar, Javier (2020): “Reducing the Chance of New Pandemics”, *Quillette*, 1 de julio, <https://quillette.com/2020/07/01/reducing-the-chance-of-new-pandemics/>.

¹⁵ La frase es de Christian Walzer en Morris, Viveca (2020): “COVID-19 shows that what we’re doing to animals is killing us, too”, *Los Angeles Times*, 2 de abril <https://www.latimes.com/opinion/story/2020-04-02/coronavirus-pandemics-animals-habitat-ecology>.

¹⁶ Aparte de la bibliografía proporcionada por el ya citado Arcos Hódar, la misma revista *Quillette* había publicado el 5 de mayo anterior un artículo de Matt Johnson (“Poultry Farming, COVID-19, and the Next Pandemic”, <https://quillette.com/2020/05/05/poultry-farming-covid-19-and-the-next-pandemic>) que abundaba en estos riesgos.

complicados; la entrada y salida de países exóticos ha estado siempre amenazada de cancelación. ¿No es un buen momento, pues, de apostar por el turismo de proximidad, que además resulta mucho más sostenible para el medioambiente? En nuestra vida anterior al covid-19 no era extraño encontrar personas que conocían el más lejano templo tailandés, pero no el monasterio románico, de similar valor artístico, ubicado a unos pocos kilómetros de su residencia. Muchas veces, además, el encuentro con el medioambiente cercano, pero ignorado, puede producir lo que en francés se llama un *dépaysement* (un extrañamiento o vía de escape) mayor que el que nos ocasiona visitar, una tras otra, capitales del mundo cuyos barrios de estilo arquitectónico internacional acaban recordando siempre los unos a los otros. Si además reducimos así el riesgo de que se extiendan por todo el globo nuevas pandemias, ¿no es esta una propuesta a considerar seriamente en los tiempos por venir?

Esto no significa, claro está, que todo turismo internacional deba olvidarse; simplemente hay que promover tendencias que ya antes se veían deseables, como la reducción del tráfico aéreo, mediante alternativas cómodas para el viajero. Una red de trenes de alta velocidad que conectara eficazmente la Europa del norte y la del sur, la del este y la del oeste, podría ser una alternativa más ecológica al antiguo trajín de aeronaves que (si sumamos tiempos de embarque, de espera y de medidas de seguridad) no siempre resultaban un transporte más rápido o práctico que el ferroviario.

Parecen a menudo prescindibles, pues, más cumbres internacionales cuyos miembros se desplazan en avión (y a veces en sus *jets* privados) para tratar cuestiones ambientales; parece prescindible mover a figuras juveniles como Greta Thunberg de un lado para otro, con el componente pedofrastra¹⁷ que tal práctica acarrea. Sí hacen falta más teleconferencias y más alternativas de transporte que nos ayuden a conservar nuestra naturaleza o los modos de vida que queremos mantener como hasta ahora. La oportunidad que abre el covid-19 para una sociedad más consciente de sus deberes, de su *pietas*, hacia las generaciones pasadas y futuras, hacia el medioambiente, podría ser una herencia positiva que esta traumática experiencia nos conceda. Una herencia, además, que podría hacer que las generaciones del futuro nos recuerden con mayor agradecimiento, aún, que el que nosotros sentimos, o deberíamos sentir, ante nuestros antepasados.

¹⁷ El término “pedofrastra”, ideado por Nicholas Nassim Taleb, alude al uso de niños con fines económicos. Véase Quintana Paz, Miguel Ángel (2019): “La izquierda pedofrastra”, *The Objective*, 18 de marzo.

